

Los errores siempre se pagan, y yo los pagué amargamente, pero entendí y aprendí que Dios actúa seriamente.

Cuando volví a mi casa, no fue muy fácil recuperarme de esta delusión, no tenía fuerzas. Las únicas palabras que retumbaban en mí, eran aquellas de la Virgen, que me dijo : “Hijo mío, mirándome, tienes que sufrir” y eso me dio mucha esperanza para una recuperación futura. Todos los días yo iba a Pompei, y siempre estaba en estrecho contacto con mi padre espiritual, pero siempre él intentaba desanimarme, sobretodo cuando yo le preguntaba si podía tener otra oportunidad en la comunidad, y él siempre me contestó diciendome de hacerme una vida y de reconstruirmela y continuamente me decía : “tu piensas que te estoy haciendo daño, pero algún día me agradecerás”. Me resigné y intenté reconstruir mi vida; conseguí un trabajo y tuve una novia , ella también muy devota. Traté de seguir adelante, con mi simple vida, pero en mí sentía el deseo de ser completamente de Dios, a su servicio. Aún conducía una vida normal, estaba programado un matrimonio, el mío, aunque no quería, vivía algunas experiencias de evangelización y de ayuda hacia los más desfavorecidos; El Señor seguía actuando a través de mí, se servía de mí continuamente. De hecho, un día , mientras yo paseaba juntos a mi novia, vi desde lejos, un grupo de amigos que venían hacia nosotros y me avisaron que había un chico dentro de un contenedor de basura.

Mi novia me vio con una mirada cómplice, sabiendo perfectamente lo que yo habría hecho; en efecto corrimos al lugar y después haber escuchado aquel joven, lo miré directamente a los ojos y le pregunté si yo podía ayudarlo, él asustado, pensó que yo lo iba a llevarlo a la comunidad, rechazó inmediatamente, pero le hice entender que yo lo iba a ayudar personalmente. Tenía la necesidad de entender si él era verdaderamente convencido de cambiar estilo de vida; lo puse a prueba más veces. Le pregunté de venir a mi casa, pero por dos mañanas consecutivas no me hice encontrar, pero observando que él, a pesar de todo, regresó la tercera mañana , pude notar en él la constancia y determinación, le di la bienvenida en casa, ya que mi madre dio la disponibilidad de acoger un nuevo hijo. Esta fue para mí la confirmación que Dios me llamaba para el servicio del prójimo. Para empezar el camino de cura de Sandro , que para mí era un camino hecho solamente de amor y oración partimos con mi padre y nos dirigimos a Val d’Aosta, donde fuimos alojados en la casa de mis amigos, por algunos días. Una noche, después de una semana de abstinencia, Sandro se acercó a mi cama y me agradeció por todo lo que yo estaba haciendo por él, y me besó los pies. Fue para mí una acción conmovedora y emocionante y desde aquel día se convirtió en parte de mi familia y todos mis hermanos lo acogieron y lo amaron.